

## SIN REMEDIO

Quiero callarme pero no puedo. Me acongoja. Me entristece. No me alejes de ti, por favor. Guardaré silencio. Lo intentaré, por favor. Se está tan bien aquí cerca de ti. Todavía no me gano un lado de tu cama. Yo me conformo con este rincón, con este pedazo de tu habitación. No hago apologías. Tu habitación no es tu corazón. Lo sé de sobras. Aprendo a conocerte. Aunque no lo creas, te observo. A cada momento me fijo en las pequeñas acciones. Considero que la lectura de los diminutos momentos inconsciente nos enseña más que las palabras en vano. No soporto las charlatanerías, menos si son halagadoras. Tiendo a rechazar a los papagayos, a esos seres que se pierden entre tantas palabras. No distinguen los contornos. No te son sinceros. He parado de llorar. Siento el frío como se extiende por cada parte de mi cuerpo. El aire acondicionado se encuentra al máximo de su potencia. Los días son calurosos. Es el verano. Tú no soportas el calor. Yo estoy acostumbrado. A mí me da igual, si es verano o invierno, solo quiero dormir cerca de ti. Te oigo respirar. ¿Estarás dormida?

Y entonces me invade nuevamente. La tristeza me toma de nuevo con sus garras. Pienso en la posibilidad y no me controlo. Así soy, tan predecible. Quisiera sobreponerme a mi naturaleza. Soy incapaz. Creo que soñé me sacabas de tu habitación. Me obligabas a dormir fuera, en la sala. Ha de ser un sueño pues me encuentro dentro de las cuatro paredes. Distingo tus formas esparcidas por todo el colchón. Intento callarme. No te he despertado. A lo mejor pasas por alto mis reiteradas violaciones sonoras. Sé las reglas. Las has dejado claras. Cuando se apaga la luz, hay que hacer silencio. Si no a buscarse la vida en las otras habitaciones. Sé cómo funciona, como he de comportarme y sin embargo no soy capaz de sobreponerme a los instintos. ¿Por qué los llantos vuelven a mis ojos? Oigo tu voz cortada. No te has despertado. Percibes mis lamentos e intentas ponerle fin. Me das otra oportunidad. Eres buena. Me permites unos instantes de debilidad. No debo abusar de tu paciencia. Me callo. Soy un afortunado. Tú eres de las bondadosas. No eres una de las recalcitrantes. Tú me entiendes. Me quieres aunque no lo digas constantemente, aunque yo regrese una y otra vez con las necesidades de afecto. Es lo único que he aprendido en mi corta vida. Entiéndeme.

Detesto las noches. Están cargadas de soledad. Debemos encerrarnos en las casas, en las controladoras de nuestro lado salvaje. Toca regirse a las rutinas, reprimirnos los instintos. Intento adaptarme por estar a tu lado. Y la noche se lanza en el inevitable final. Las horas de sueños, donde te sumas con facilidad a esos contornos. Mientras yo me desvelo, mientras apenas cierro los ojos a plazos, por miedo a descansar de forma permanente. Me siento con energías, me siento capaz de correr por toda la carretera vieja, y heme aquí agazapado en un

rincón de tu cuarto. Ningún control evita mi tristeza. Las lágrimas regresan al llamado nocturno. El grito de dolor se dibuja como colofón. Te despiertas. Estas encabronada. Das un pequeño salto de la cama. Me tomas de la correa y me sacas de tu cuarto. Me abres la puerta de la terraza, esa que da al balcón, esa en la eterna e inmensa soledad. No quiero ir. Afinco las extremidades. Quiero ser una estaca. Quedarme inmóvil. Mi propósito cede ante tus fuerzas. Cierras la puerta. Me quedo del otro lado. Las paredes repelen mis emisiones de tristeza. No tengo sueño. No estoy cansado. Y la noche se apodera de cada rincón. Me arrincono en los bajos de la puerta. Agacho la cabeza. Espero a que abras la puerta.